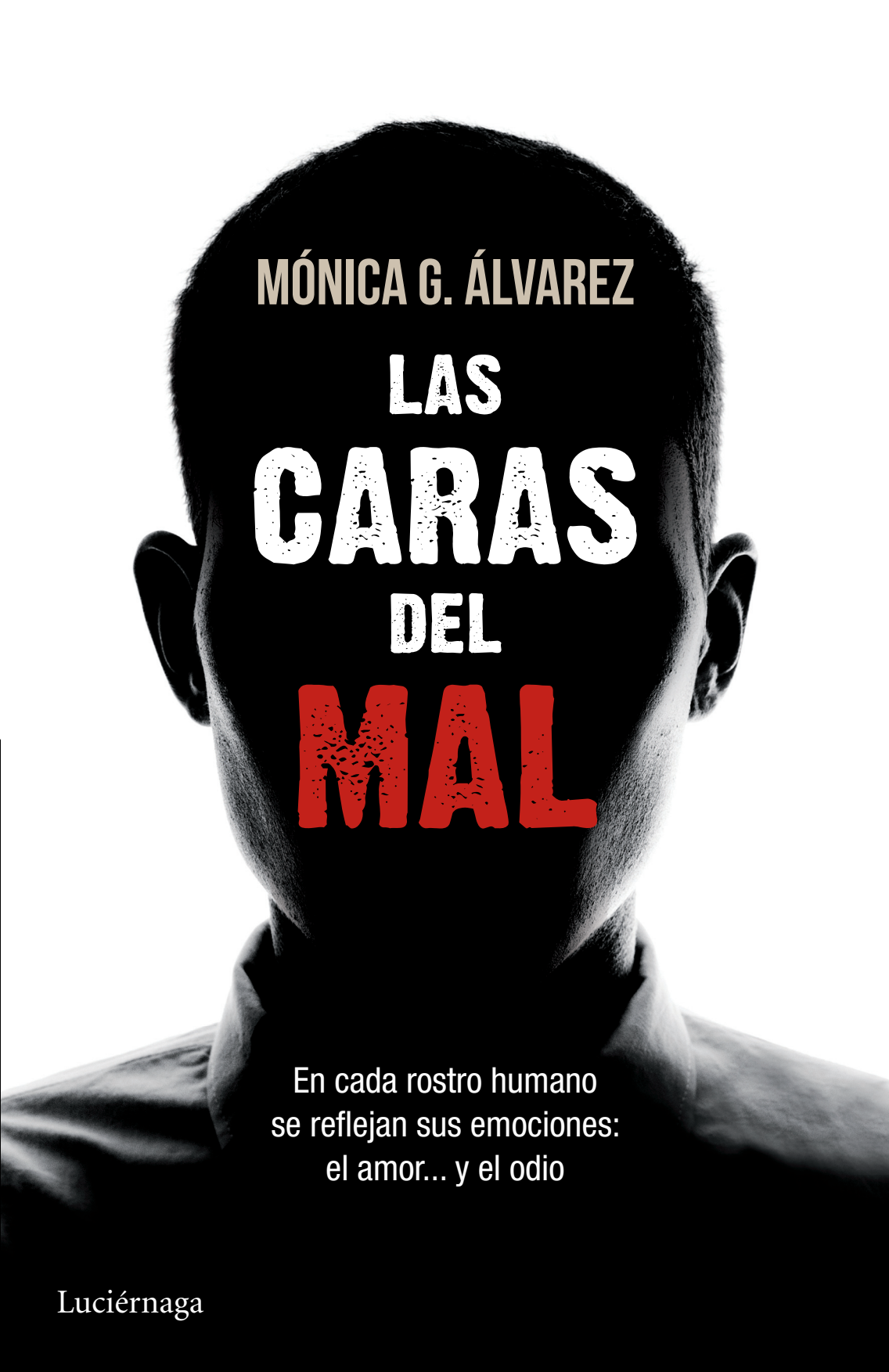


MÓNICA G. ÁLVAREZ

LAS CARAS DEL MAL

En cada rostro humano
se reflejan sus emociones:
el amor... y el odio

Luciérnaga

MÓNICA G. ÁLVAREZ

LAS CARAS DEL MAL

En cada rostro humano se reflejan sus emociones:
el amor... y el odio

Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Mónica G. Álvarez, 2015

© de las fotografías del interior: Jim Beckel/AP Photo/The Daily Oklahoman/Gtres Online (p. 28); Bettmann/Corbis/Cordon Press (p. 37, p. 70, p. 287); Rafa Alcaide/EFE (p. 47); Republicain Lorrain/Gamma /Contacto (p. 54); AURA (p. 62); AP Photo/Florida Department of Corrections/Gtress online (p. 80); EFE (p. 89); AP Photo/Gtres Online (p. 99, p. 108, p. 125, p. 146); Travis Heying /AP Photo/Gtres Online (p. 117); Igda (p. 133); Osman Orsal/AP Photo/Gtres Online (p. 139); UPI/Contacto (p. 153); AP Photo (p. 160, p. 234)); Elzbieta Sekowska/Shutterstock (p. 170); Massimo Sestini/News Pictures/CONTACTO (p. 179); L'Illustration/CONTACTO (p. 186); United Archives/CONTACTO (p. 198); Eliseo Trigo/EFE/lafototeca.com (p. 206); Stringer/EFE (p. 214); Alexander Widding/Polaris/Contacto (p. 227); United Archives/UNI (p. 243); Gtres Online (p. 252, p. 320); New York Times/CONTACTO (p. 260); Jim Gensheimer/AP Photo/Gtres online (p. 268); Manuel Bruque/EFE/lafototeca.com (p. 278); Corbis (p. 295); Jesús Domínguez/EFE/lafototeca.com (p. 302); AP Photo/Police Niederoesterreich, File/Gtres Online (p. 313); EFE/J.G. Morell (p. 329); John Hickey/AP Photo (p. 325); Mercury Press/Sygma/Corbis/Cordon Press (p. 342); Keystone Pictures USA/Zumapress.com (p. 350)

Primera edición: mayo de 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-15864-49-3
D. L: B. 2.698-2015

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Prólogo 13
Introducción 17

PARTE I: CRÍMENES DE FAMILIA **21**
1. Sean Sellers, «el parricida satánico» 23
2. John List, «el parricida de Westfield» 31
3. José Bretón, «el lobo con piel de cordero» 39
4. Simone Weber, «la diablesa de Nancy» 49
5. Jean-Claude Romand, el parricida mentiroso 57
6. Marybeth Tinning, «la madre asesina» 65

PARTE II: *SERIAL KILLERS* **73**
7. Aileen Wuornos, «la mujer araña» 75
8. José Antonio Rodríguez Vega, «el mataviejas» 83
9. Ted Bundy, «el asesino de estudiantes» 91
10. Andréi Chikatilo, «el carnicero de Rostov» 101
11. Dennis L. Rader, «BTK: atar, torturar y matar» 111
12. Albert Fish, «el vampiro de Brooklyn» 119

PARTE III: MAGNICIDAS. A LA CAZA DEL «PERSONAJE» **127**
13. James Earl Ray, «el asesino de un "sueño"» 129
14. Mehmet Ali Agca, «el eterno Mesías» 135

15. Mark David Chapman,
el hombre que mató a John Lennon 141
16. Lee Harvey Oswald, el asesino del Presidente 149
17. Valerie Solanas, «El Manifiesto SCUM» 155

PARTE IV: DICTADORES.
ORDENO Y MANDO 163
18. Adolf Hitler, «el Mesías negro» 165
19. Muamar el Gadafi, guía de la revolución 173
20. Iósif Vissariónovich Dzhugashvili,
«Stalin, el hombre de acero» 181

PARTE V: TERRORISTAS Y EL USO DEL TERROR 189
21. Osama bin Laden, el líder de Al Qaeda 191
22. Domingo Troitiño, ETA y la matanza de Hipercor 201
23. Ilich Ramírez Sánchez, Carlos «El Chacal» 209

PARTE VI: ASESINOS EN MASA.
MATANZAS Y SUS ¿MOTIVOS? 217
24. Anders Behring Breivik, matanza en Utøya 219
25. Antonio y Emilio Izquierdo,
el crimen de Puerto Hurraco 229
26. Martin Bryant, la masacre de Port Arthur 237
27. Charles Manson, los crímenes de «La Familia» 245
28. Cho Seung-Hui, la masacre de Virginia Tech 255
29. Richard Farley, un trabajador disgustado 263

PARTE VII: VIOLENCIA CONTRA LA MUJER 271
30. Miguel Ricart, «las niñas de Alcàsser» 273

31. Harvey Glatman, «el fotógrafo asesino» 281
32. Richard Speck, nacido para traer el infierno 289
33. Tony Alexander King, «caso Wanninkhof y Carabantes» 297

PARTE VIII: PEDERASTIA. ABUSO DE MENORES 305
34. Josef Fritzl, «el monstruo de Amstetten» 307
35. Brendan Smyth, cuarenta años como pederasta 315

PARTE IX: NIÑOS ASESINOS 323
36. José Rabadán, «el asesino de la katana» 325
37. Eric Smith, «el asesino pelirrojo» 331
38. Robert Thompson y Jon Venables, «los niños asesinos de Liverpool» 337
39. Mary Bell, la asesina de diez años 345

Agradecimientos 353
Bibliografía 355

1

SEAN SELLERS, «EL PARRICIDA SATÁNICO»

Invitaba a los demonios a entrar en mi cuerpo y oía todas esas voces en mi cabeza... Me decían cosas como: «Dispara contra la clase, mata a todos los de la clase».

Declaraciones de Sean Sellers recogidas
en el *Oklahoma Gazette* el 1 de abril de 1998

Matar en nombre de la religión ha sido una constante del ser humano desde el inicio de la historia. Las creencias nos han llevado a asesinar a nuestros hermanos para alzarnos con la auténtica verdad: un solo Dios. Sin embargo, cuando se trata de la adoración al Mal y por tanto de Satán, se convierte en un campo de minas donde sus adoradores perpetran actos maquiavélicos. Esto, sumado a un consumo extremo de drogas y alcohol, propicia en estos practicantes satanistas un comportamiento violento que acaba, en la mayoría de los casos, en terribles crímenes. La lectura continuada de la famosa *Biblia Satánica* de Anton LaVey y una presunta posesión demoníaca es lo que llevó a Sean Sellers, un adolescente de diecisiete años, a asesinar a su madre y a su padrastro. Según él, el satanismo le había conducido hasta una vida digna y los rituales que practicaba hacían de su entorno un lugar mejor en la Tierra. Tras su condena a muerte, una gran parte de la opinión pública estadounidense esperaba que su nuevo hogar fuese el infierno.

Solitario paranoide

Nacido en California el 18 de mayo de 1969, Sean Sellers no tuvo una infancia estable. Sus padres, una joven de dieciséis años llamada Vonda, y su padre, un hombre alcohólico, se separaron cuando él tan sólo tenía cuatro años. Ella rehizo su vida al lado de un camionero, Paul Bellofatto, al que siempre acompañaba. Aquella vida tan nómada hizo que en la mayoría de las ocasiones Sean se quedase en casa de algún familiar sufriendo una triste sensación de abandono. Otras veces, el niño acompañaba a sus padres, por lo que llegó a conocer hasta treinta ciudades diferentes. Debido a esa inestable rutina, Sean se mostraba solitario, introvertido y muy reacio a buscar nuevos amigos allá donde iba. Aunque, dada su inteligencia, en la escuela los profesores le alentaban a superarse, aquella realidad tan voluble iba haciendo mella en su frágil personalidad. Podemos afirmar que le perturbaba. De hecho, según sus propias palabras, empezó a escuchar voces en su cabeza cuando tenía seis o siete años. Aquellas voces le insultaban y criticaban. Pero no les dio importancia, ya que pensó que todo el mundo podía oírlas. Aquella conducta paranoide salió a la luz a través de extraños comportamientos. Por ejemplo, dentro de su habitación colocaba una especie de «trampas» hechas con hilos para saber si alguien entraba cuando él no estaba. Sus drásticos cambios de humor eran continuos. Podía estar de lo más eufórico, y de pronto caía en barrena y entraba en un estado de depresión. Tampoco ayudaba su situación familiar. La violencia de sus progenitores contra él era una constante. Durante el juicio, Sean afirmó que le humillaban verbalmente y que sufría incesantes palizas. Desde una edad muy temprana supo cómo utilizar una pistola, ya que sus padres siempre llevaban una encima. Y cuando se negaba a matar a algún animal y/o mostrarse violento, le castigaban.

Al parecer, motivado por su adicción a videojuegos como *Dragones y Mazmorras*, comenzó a obsesionarse con la idea del Bien y del Mal, de Dios y Satán. El punto de inflexión en su vida ocurrió tras el abandono de su madre. Aquel hecho hizo que Sean entrase en una secta satánica.

Adorando al Diablo

A los quince años Sean era todo un experto satanista y practicaba toda clase de rituales venerando al Diablo. Se reunía con su grupo en una casa abandonada, donde empezaron a practicar sacrificios con muñecas. También empezó a extraerse sangre para guardarla en el frigorífico. Algunos días se la tomaba durante la hora del recreo en la escuela. Así aprendió cómo infligirse dolor podía proporcionarle placer. Para ello se clavaba agujas en todo el cuerpo, principalmente en la cabeza. El consumo de drogas tampoco ayudó a frenar ese sádico comportamiento; todo lo contrario, lo potenció aún más. Durante algunas de estas ceremonias satánicas, Sean tomaba anfetaminas para mantenerse despierto. Cuando caía rendido, sólo soñaba con asesinar a sus padres. Era un rebelde sin causa que buscaba un lugar en el mundo, un necesitado de amor y cariño que había recibido todo lo contrario. Ya no conocía el significado de lo moral o amoral y, como explicaría delante del tribunal tras el parricidio:

> «Invitaba a los demonios a entrar en mi cuerpo y oía todas esas voces en mi cabeza... Me decían cosas como: "Dispara contra la clase, mata a todos los de la clase". Al principio me gustaba. Luego llegué a un punto en el que perdía el contacto con mis emociones. Llevaba mucho tiempo sin sentir nada. Ya no podía llorar. Sólo me sentía vacío por dentro. No era odio ni enfado, sino vacío.»

Poseído por Satán

Uno de los primeros crímenes que cometió el joven Sellers no fue el asesinato de sus progenitores, sino el de un dependiente de un supermercado en septiembre de 1985. Tenía dieciséis años. Acudió al lugar portando una Magnum 357 y acompañado de su amigo Richard. Entraron en el establecimiento y, sin mediar palabra, Sellers le disparó en la cabeza. El único «delito» que la víctima, Robert Bower, había cometido fue negarse a venderles unas latas de cerveza días atrás. Unos meses más tarde, el 3 de

marzo de 1986, Sean explicó en una redacción escolar que podía matar a quien quisiese: «Soy libre. Puedo matar sin remordimientos. He visto y experimentado horrores y placeres indescriptibles en un papel». Al leerla, la tutora se puso en contacto inmediatamente con la madre del adolescente, alertándole de lo que estaba ocurriendo. Cuando Vonda se enteró de que no había prestado la suficiente atención a su hijo, decidió escribirle una carta. En ella le aseguraba que le quería, que lo había querido siempre y que le ayudaría si pudiese entrar en su corazón. «Puedes contar conmigo para lo que sea, hasta el día en que me muera», finalizaba.

En la medianoche del 4 de marzo, Sean Sellers tomó una decisión: matar a su madre y a su padrastro. Satán se lo había ordenado. Tenía que llevar a cabo aquella misión. Se dirigió a la habitación de sus padres, abrió la puerta y, con una pistola Smith and Wesson calibre 44 propiedad de su padrastro, disparó. Primero a Paul, que murió al instante. Su madre, sobresaltada, intentó escapar, pero no lo consiguió. Sean le disparó primero en la mejilla y después en la cabeza. El parricida recordó ante el tribunal: «Yo estaba allí, mirándolos. Y a mi madre… de la cabeza le salía un reguero de sangre. Me quedé allí y me reí».

Una vez cometido el brutal crimen, Sean se duchó y se cambió de ropa. Regresó a la habitación de sus padres y simuló que habían entrado a robar saqueando todo lo que pudo. Forzó la entrada de la casa y escapó hasta el domicilio de su amigo Richard. Allí escondió el arma. Se pasó toda la noche charlando animadamente. A la mañana siguiente simuló un ataque de histeria cuando entró en la casa y se encontró los cadáveres. La policía interrogó al chico y, aunque había cosas que no cuadraban, nada les indicaba que él había sido el autor de los crímenes. Sin embargo, una llamada del director del colegio de Sean puso sobre aviso a los detectives del caso. Durante la conversación les habló sobre la redacción del joven y ellos recordaron el homicidio del dependiente del supermercado. Entonces interrogaron a Richard, el amigo de Sean, y confesó todo lo ocurrido. Les dio detalles del asesinato del supermercado y de los padres del satanista. Así que, el 6 de marzo de 1986, Sean fue detenido y acusado de tres cargos de asesinato en primer grado.

Sociópata sin remordimientos

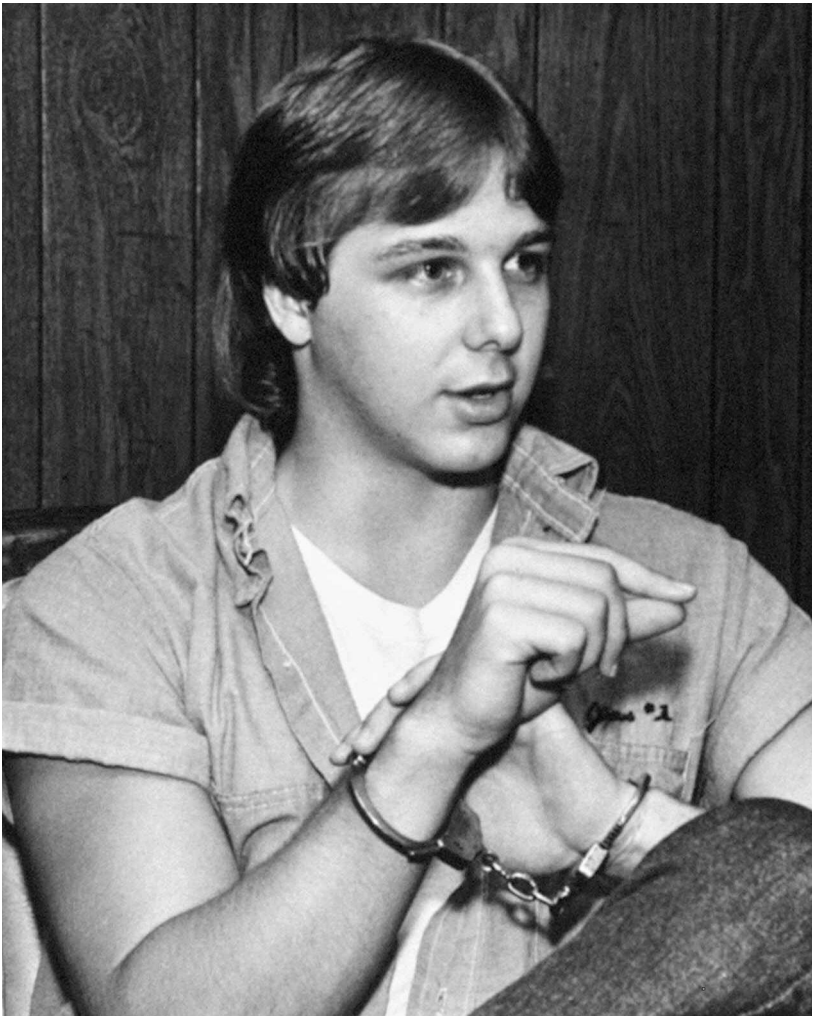
El 24 de septiembre de 1986 dio comienzo el juicio contra Sean Sellers en el Palacio de Justicia del condado de Oklahoma. Estaban juzgando los presuntos crímenes cometidos por un menor de edad. Sin embargo, tras analizar el informe psicológico realizado, el juez decidió que fuese procesado como un adulto.

Durante la vista varios de los amigos de Sean subieron al estrado y explicaron que él nunca expresó remordimiento alguno cuando afirmó: «He matado a gente por menos de eso». Incluso un psicólogo alegó que era un sociópata. Sin embargo, las tácticas de sus abogados defensores consistían en demostrar que Sean no había sido consciente de lo que hizo durante los crímenes. Para ello argumentaron que había sido poseído por el demonio y que hasta ese instante llevaba tres días sin dormir debido al consumo continuado de anfetaminas. Los asesinatos habían sido obra de Satán como parte de una ceremonia ritual, por lo que su estado mental no era normal.

A pesar de todos los testimonios recogidos, el tribunal condenó a Sean Sellers a la pena capital por tres cargos de asesinato en primer grado. Hay que matizar aquí que en aquel momento él seguía siendo menor de edad. Aun así, el 14 de octubre de 1986, el parricida satánico fue conducido al pabellón de la muerte de la prisión de Oklahoma a la espera de la sentencia.

La noticia del ajusticiamiento de un menor de edad dio la vuelta al mundo y apareció en numerosos medios de comunicación. Este psicópata con síntomas de esquizofrenia siempre contaba lo mismo, que había sido poseído por el mismísimo diablo. Sus abogados presentaron varios alegatos para evitar su muerte, pero todos fueron rechazados. Incluso se hizo una campaña para conseguir el indulto de Sellers. Jamás se logró. Ni siquiera ayudó su posterior conversión al cristianismo.

Sus últimas palabras antes de morir por inyección letal fueron: «Toda la gente que me odia ahora y que está aquí esperando para verme morir, cuando se levante por la mañana, no se va a sentir diferente». Eran las 00.17 horas del 5 de febrero de 1999.



Análisis psicomorfológico de Sean Sellers

Los que nos dedicamos a estudiar las estructuras faciales y su relación con la estructura psicológica nunca definimos los rostros ni como «angelicales» ni como «satánicos». Ésas son categorías o juicios de valor que poco tienen que ver con nuestra pretensión de conocimiento. Así, a partir de la persona que nos ocupa poco podemos aportar en el debate sobre si lo suyo fue un trastorno mental o una posesión satánica. En cambio, sí podríamos valorar su capacidad para engendrar, elaborar y llevar a cabo una estrategia de defensa bien argumentada. Nuestra aportación será la de definir rasgos de su carácter y conductas asociadas.

Al observar su rostro nos centramos en la dimensión y formas o modelado de su frente. Ésta es grande, expansiva y marcadamente redondeada en su parte superior, rasgo indicador de mentes imaginativas, fantasiosas, utópicas... La forma de la frente se complementa con una hendidura o un surco horizontal en su parte central, que en el caso de Sean Sellers es muy marcado. Este rasgo se ha encontrado en personalidades de tendencia obsesiva y fanática. La combinación entre la fantasía exaltada y esa tendencia obsesiva sobre sus pensamientos bien pueden indicar una alteración de la mente y de su forma de procesar la información y crear su propia realidad.

También ese surco horizontal de la frente es propio de una mente estratégica y planificadora, capaz de calcular sus actos y encontrar argumentaciones o razonamientos justificadores, aunque sea sobre unos criterios gestados en su desproporcionada fantasía.

En el terreno sentimental, esta cara transmite una introversión o aislamiento forzados, es decir, producidos más por el rechazo vivido que por una constitución innata. Obsérvese cómo sus ojos, su nariz y su boca son grandes, y cómo la nariz se orienta en diagonal, mostrando los orificios nasales, señal de la búsqueda de reconocimiento y afecto.

Por el contrario, las vivencias frustrantes y el sentimiento de rechazo afectivo que percibe de su relación con el entorno modifican esos sentidos hundiendo los ojos, formando la atonía en la

base (punta) de la nariz y afinando su labio superior. El resultado es un rostro al que no le atribuiríamos un instinto cruel, criminal o agresivo, sino una mente imaginativa que utilizó para huir de su debilidad afectiva.